

# LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

## NUEVO ARTE DE VOLAR.

Desde tiempos remotos ha sido muy comun en los hombres el deseo de surcar la region del viento. Ícaro, segun reza la historia, fué uno de los primeros atrevidos ó temerarios que emprendieron remontarse á las nubes, para averiguar á lo que sabia un tropezon dado allá en los cielos, recibiendo en mitad de las narices, ó en la parte occidental del individuo, el golpe de la caída acá en la tierra. Recuerdo tambien haber leído en una de las famosas fábulas del no ménos famoso fabulador Isopo, que en cierta ocasion suplicó muy cortésmente al águila la tortuga, que tuviese la bondad de llevarla en volandas por esos aires de Dios, con el fin de ver desde lo alto el aspecto de los montes y de los valles, de los mares y de los rios, de las ciudades y de las aldeas. El águila que era una señora de muy buena educacion é incapaz de negarse á cosas tan fáciles y hacederas, especialmente siendo quien las pedia un animal de tantas conchas como la tortuga, la agarró como pudo; y á corre que te alcanza, se encaramó con ella en las nubes. Pero como en los de mala intencion no hay que tener confianza alguna, á lo mejor soltó la presa el águila sobre una roca;

y aquí dió fin la tortuga:

perdonad sus muchas faltas.

Hasta los niños de escuela saben que hubo en España un doctor llamado D. Eugenio Torralba: el cual, caballero en una caña, voló desde Madrid á Roma y desde Roma á Madrid, en menos que canta un pollo; y en el mismo momento, en que las tropas de Carlos V entraban y metían á saco la ciudad, en otro tiempo dominadora del mundo, sin temor del Papa Clemente VII, que desde lo alto del castillo de S. Angelo se entretenia á la sazón en lanzar escómunion contra aquella canalla desalmada. Sabido es tambien que los brujos y brujas solian volar

de noche (que es y ha sido siempre la encubridora de todo género de maldades) montados en cañas de escoba para acudir á los aquelarres: donde celebraban sus juntas, presididos nada menos que por Lucifer, animal de fea catadura. Pero el secreto de esta navegacion aérea quedó sepultado en las aguas del olvido: es decir, en las cárceles de la inquisicion, tribunal que castigaba con fuego, azotes y galeras á estos nocturnos voladores. Por donde se echa de ver lo mucho que se engañan cuantos no creen en brujas; pues un tribunal tan sabio, y compuesto de hombres tan doctos en la teologia y otras facultades que tienen mucha relacion con la fisica, de ningun modo podia ver visiones, y creer y castigar lo que no fuera digno de crédito y castigo.

Muchos insignes escritores, si no han volado por miedo que el Santo Oficio de la Inquisicion les cortase las alas, no por eso han dejado de tener sus tentaciones de echarse á buscar la gandaya por los aires. El gran Calderon hizo patentes sus deseos de escalar el firmamento en aquella coplita que dice:

vuela, vuela, no te den  
temor, ó jilguero! ni flechas ni balas;  
que si yo tuviera tus alas,  
yo fuera volando donde está mi bien.

Y hubiera sido cosa muy digna de espanto ver á todo un Calderon convertido en abejaruco, caminando por los aires, sin que le estorbasen para el manejo de las alas sus largas y reverendas ropas clericales.

Pero dejando aparte todos cuantos han querido volar y han volado antes y despues de la invencion de los globos aerostáticos, voy á poner en conocimiento de mis lectores el modo asombroso con que he logrado dar dichoso fin á un descubrimiento, que va á trastornar el mundo, y especialmente la politica de todas las naciones.

Un célebre filósofo español (montañés por mas señas) en una de las muchas sentencias que nos dejó juntamente con su nombre para perpétua memoria, dijo clara y terminantemente el único modo de dirigirse el hombre por los aires. Su opinion en la

materia es digna del mayor respeto, así por su innegable verdad como por ser obra de tan grande autor. Hé aquí la feliz resolución que dió a este intrincado problema el insigne Pero Grullo

*volarde con las plumas  
andarase con los pies.*

De forma que para volar el hombre tiene necesidad (según su parecer) de servirse de las aves.

Bien conozco que esto no podra sonar bien á todos aquellos, que aun para la cosa mas insignificante, prefieren el uso de máquinas a la naturaleza, creyendo con ellas arribar á la cumbre de la perfección, y siendo en realidad mas inferiores que los mismos animales. Nieguen, si no, los de la opinion contraria que el hombre para navegar necesita de la aguja, del astrolabio, del planisferio, de las cartas geográficas y de otras mil baratijas con que suple las faltas de su entendimiento; en tanto que un pobre avechucho como la golondrina, sin necesidad de tales trastos, con solo su memoria va y viene todas las primaveras y otoños al pueblo ó la ciudad de África o España, donde hizo su morada en años anteriores. Esto es innegable;

Pues de tal propiedad hace escrutinio  
En lo que trata de animales Plinio.

Declarada la utilidad de servirnos de aves para dar dirección á los globos, así como Venus hacia tirar de su carro á las mansas y delicadas palomas, razón será que escojamos para este objeto á los buitres: animales cuya fuerza en el aire equivale á la de los caballos en tierra. Según opinion de los mas sabios naturalistas, el buitre es pesado para volar; pero en levantándose á una razonable altura, echadle guindas á la tarasca, que con nada admiten comparación la grandeza y constancia de su vuelo.

Ahora bien, sujetos ocho ó diez buitres por las patas con fortísimas correas á la barquilla del globo, resta averiguar cómo harémos que estos animales de tan indómita naturaleza, caminen á donde se tenga por conveniente, sin que con tanto demonio, aquello se vuelva una merienda de negros. El remedio es sumamente sencillo. Un gran ingenio español, habiendo de cierto coche, dijo:

En un arroyo atascado,  
con ruegos el caballero,  
con azotes el cochero,  
ya de fuerza, ya de grado,  
ya por gusto, ya por miedo,  
que saliese le rogaba.

Por mas que se lo mandaba,  
mi coche quedo que quedo.  
Viendo que no, importan nada

cuantos remedios hicieron,  
delante el coche pusieron  
un harnero de cebada.  
Los caballos por comere  
de tal manera tiraron,  
que luego el coche arrancaron

Pa... lo que importa  
dientes á los buitres, es tenerlos oprimidos del hambre veinticuatro horas, ó mas si fuere menester, antes de dar principio al viaje aéreo. Fijarse luego en la barquilla del globo una larga palanca de hierro acodillada; la cual vendrá á tener su estremidad como á una vara de distancia frente por frente de los buitres, y en ella colgados grandes pedazos de carne de burro, buey u otro prójimo por el estílo. Esta palanca será movida á derecha é izquierda, según se desee, por medio de un travesaño con dos manivelas. Haciendo así pasar á los buitres, animales... la amargura del suplicio de Tántalo, caminaban furiosos y con los pies abiertos por saciar su apetito, á donde se dirija la palanca de hierro que tan buena presa les ofrece. Con semejante fuerza é ímpetu tirarán del globo, llevándolo al lugar que la mano del hombre les señale; y hé aquí resuelto para siempre el gran problema de dar dirección á las máquinas aéreas.

Bueno será sin embargo advertir que del uso de los buitres para este objeto pueden nacer graves peligros. San Isidoro dice que no solo huelen lo que está de la otra parte del mar sino por espacio de quinientos mil pasos. Sto. Tomás afirma que es tan grande el olfato de estos animales que seis ó siete dias antes, huelen al que ha de morir, y andan volando cerca de su persona, esperando a que de el último suspiro. Como la opinion de estos ilustres varones es tan respetable en las materias de historia natural, pudiera muy bien acontecer que los buitres convencidos de que la presa no es para ellos, pues por un lado les dice comedme, y por otro no te dará en el pico, Perico, huelan en la tierra a carne muerta, y se arrojen a ella por satisfacer su voracidad aumentada con la hambre.

Precipitando así en despeñadero  
Al globo, á la barquilla y al globero

Pero el remedio no está en Roma. Quitadas las diligencias y correos, y viajando todas las personas en globos, la guardia civil no tendra necesidad de perseguir á los ladrones en despoblado, sino cuidar que no haya en ningún camino carne muerta al aire libre, sin que al punto sea enterrada siete estados debajo de tierra.

Bien sé que por tan importante descubrimiento pidiere haber pedido al gobierno español la canti-

dad de ochocientos ó novecientos millones de reales. Pero mi amor patrio vence á todo. Solo me contento con la gloria de la invención, y con tener por deudor de un tan señalado servicio al orbe entero.

En tanto que otros con menos fortuna trabajen y tiren líneas sobre el papel con el fin de alcanzar lo que con tanta facilidad he conseguido, yo surcare los aires en mi globo, tirado de buitres, y desde lo alto diré á un mi amigo:

Silvio, de tanto tropel  
de inventores sin provecho  
me fastidio, pues sospecho  
que encarecen el papel.

Precipitarse á pie quedo  
estos ícaros; y en suma  
de la tierra con la pluma  
no se levantan un dedo.

#### EL CABALLERO DE LA TENAZA.

## SÚPLICA.

#### SONETO.

Al pie sentado de una hermosa fuente,

Tus aguas vi correr entre amapolas,

Y arrollarlas despues, y en blandas olas

Convertir el cristal de tu corriente:

Y hasta en la furia del Agosto ardiente

Paso dar á las naves españolas

Que ufanas con sus ricas banderolas,

Buscan abrigo en tu soberbio puente,

Pues en tus dulces ondas, claro rio,

Las dichas retrataste y los desvelos

Que pregoná la tórtola en su canto,—

Muéstrala al siempre esquivo dueño mio,

Que si son el mayor monstruo los celos,

Amor también es el mayor encanto.

A. DE C.

## UN DIA DE PESCA.

Pues señor, cada uno piensa á su manera; yo estoy porque es preciso sucumbir á las exigencias de la sociedad, y sobre todo la parte de privilegio que en ella existe es forzoso que ejerza su imperio.—Bien, tú hablas del bello sexo; si yo lo adoro, si yo no te niego sus encantos; pero hombre, por amor de Dios, si á veces á trueque de una mirada tienes que llevar toda una calle los semaneros santos de toda una familia, siete ú ocho sombrillas, una pieza de alepin, cuando no te endosan un niño que araña y berrea, ó una perrita inglesa que viene dándole serenata á los bigotes. Yo te lo aseguro; como estoy tan escarmenado, en cuanto veo señoras, yo no sé, me dan hasta sudores, y la verdad, tengo que tomar el olivo á paso de Luchana.—Te tendrán por uraño.—Se engañarán.—Te tomarán por grosero.—Sentiré que se equivoquen.—Creerán que aborreces al bello sexo.—Ay de ti si al Carpio vas!—Pero qué motivos tienes para huir á esas exigencias?—Hombre, para convencerte de lo llagado que me hallo, voy á sacarte del almacén de sucesos extraordinarios que poseo, una muestra; y es un día de pesca.

Yo visitaba una familia muy honrada, muy amable, pero una familia del tiempo de las zarabandas; la pieza mas nueva de aquel juego de damas se halló en el descubrimiento de la seda negra. Como digo, por mi mala ventura salió un día la conversacion de la pesca, y antojo al canto; las señoras quisieron pescar, y empezaron la pesca pescándose á mi, para que dirigiese la maniobra.—Cuándo ha de ser?—La semana que viene.—No puede ser, señora, porque estaré fuera de esta ciudad. Pero que se le da á las señoras de mi quehacer? Su antojo es lo primero, y tengo que sucumbir, cosquilleándome los perjuicios que, de acceder, miro en primer término.

Vamos al grano: suponte tú que son las doce de la noche de la víspera del día del sacrificio, y que me hallo del lado afuera del porton, y toda la familia agrupada en él, y tiene la palabra Doña Anastasia como priora de aquella caja de Pandora, y se explica de esta suerte,

Con que, D. José, que no se duerma usted; en cuanto amanezca me aporrea usted la puerta; duro, hasta que se caiga el picaporte, porque aunque yo me despierto del ruido de un mosquito, no me fio mucho en las madrugadas. Con mi esposo no hay que contar, fácil fuera! reniego de él porque mire usted, Joselito, que es mucho cuajo; él cae en la cama y antes que le haya yo quitado los calcetines ya está con una de ronquidos que tiene que ver; y luego no lo despiertan ni aun los zapatazos que le suelo disparar á quema ropa cuando ando á caza de pulgas; tengo á mi lado lo que se llama un tronco.—No le haga usted caso, D. Pepe, dijo D. Trifon, esposo de Doña Anastasia, no le haga usted caso repito, cosas de ella, pues ella quisiera que.... vamos, lo que le digo á usted; no señor, yo me acuesto á dormir y no á charlar, ni á andar á zapatazos con todo vicio viviente, volátil ó saltante: el trabajo del día me rinde; ella como no tiene que hacer en todo él, más que meterle dos docenas de nueces al pavo, llenarle á la gallina ciega el buche de habas, y peinar á la perra Paloma, y.... temirse las canas.—Mientes, atrevido, repuso Doña Anastasia con trémula voz, las canas no me las tiño porque no las tengo, aun rubia soy y de añilado pelo. Dió el reló las doce; «las doce! exclamó D. Trifon, vaya usted con Dios, D. José, y buenas noches»; «abur, Pepito (esta fue Doña Anastasia), y cuidado con no dormirse, que vea usted esta noche al lanchero; buenas noches; ha... mire usted, cuidado que nos lleven á donde haya anguilas; abur, buenas noches.»

Pues señor, ya sabes porque voy á tomar el madrugon, por ir á pescar, y vamos en una lancha Doña Anastasia; Don Trifon, su esposo; Doña Francisca, su hermana; Bartolito, su hijo; y Dominga la criada y un lanchero: y cágame pues, á las tres de la madrugada á la puerta de la susodicha familia, con los ojos papujados y armado á la ligera, es decir, con una caña de una milla de largo y una esportilla de las llamadas de á cien reales: llama que te llama, ¿si no abrirán la puerta?; pero se oye correr un cerrojillo y se dibuja en la ventana, sobre el fondo luminoso de la habitacion alumbrada por la mariposa, una cabeza de estudio. No se crea que es el busto de Niove, no señor, una cabeza monda y lironda, una cabeza con una calva á toda orquesta, en fin, lo que á mí me parece que debe llamarse una cabeza de estudio; la de D. Trifon. Hola, valiente, me dijo desperezán-

dose, allá vamos, allá vamos; hace tiempo que estoy despierto, porque esta noche ha habido fandango: no suelte usted la risita caustica, D. José, no señor, digo que ha habido fandango porque mi señora ha estado toda la noche ensayándose. Supóngase usted que echó en la porcelana, y en la que no es porcelana, unos guantes que tengo yo de punto, y toda la noche se ha llevado desde la cama pescándolos con la maldita caña que usted le trajo; compadre, qué zurriagazos! Hasta el cuadro de S. Lucas que tenemos á la cabecera ha venido á bajo, por señas que el toro me ha dado una testarada, que ni uno de Cabrera.... allá voy: y diga usted, amiguito, ¿cómo está la mañana? ¿buena, hé? corriente, ¿y la mar? creo que tiene algun ruidillo.... pero no es la mar, es el ruido de la atahona de junto: pues señor, manos á la obra; mire usted, siéntese en aquel poyete mientras... al avío, al avío.» Fuese D. Trifon, y un nuevo personaje vino al cuadro, Doña Anastasia: buenos días, Pepito, en toda la noche he podido pegar los ojos; un ratito que me quedé embelesada tomé un susto porque creí que me cogia un ballenato, ¿y sabe usted que era? que tenia á mi lado roncando á mi Trifon: por supuesto que ya me estoy desbaratando; avísele usted al lanchero y que ponga la lancha en seco para que no nos tome en brazos; que lleve muchos camarones.... aquí está Frasquita, ha amanecido con jaqueca y con vapores, pero eso se le quitará en cuanto se embarque.

Comenzaba á salir el sol cuando salió por la puerta la sacra familia: D. Trifon con su magnífico sombrero de palmas, que en cualquier sala podria servir de redondel; Doña Francisca embozada en su capa morada, y con una bolsa como un saco de noche, llena de esencias y de parches; y Doña Anastasia presa en un traje de media vara de vuelo y en calesa; digo en calesa, porque tal era su enorme sombrero, venia hecha un diablo.—Pepito, léveme usted el bolso.—D. José, coja usted á la perra en brazos no vaya á hacer una de las suyas, y lleve usted mi caña; y mire usted, en ese buche que le hace á usted la camisa, guárdese este panecillo y este papel con los desperdicios de un jamon para echárselos á los garapellos. Mira tú, Bartolito, los niños no andan con la comida, haga usted el favor, Joselito, de coger esa botija no sea que la vaya á romper ese diablillo: llegué al muelle mas cargado que una góndola.

La mañana estaba serena, una brisa de tier-

ra fresca y suave rizaba las aguas doradas por los primeros rayos del sol; la barca parecía suspendida en los aires; con otra compañía hubiera sido una mañana deliciosa.

Ya nos tienes á todos estivados en la lancha y el marinero bogado, y D. Trifon de timonel haciéndola culebrear; es hombre que lo entiende pues no hace sino virar, pero él dice que su abuelo fué capitán de navio, y que cuando chico iba á estudiar pilotaje, y que no hubo lebrillo en que no echara cascarones de nueces y de huevos, y esto es una recomendación, digo, para echarnos á pique.

Llegamos á un sitio que según el parecer del pescador era un pesquero, cada uno empuña su caña, y á instancias de Doña Anastasia tuvimos que echar el lance todos á una par: á una, á dos, á tres, plis, plos, plas, allá va ese manojito de latigazos; hubo caña que sacó arena en el espigón, en media legua á la redonda, no quedó pescadito tranquilo, hasta los cangrejos creo yo que fueron á beber agua del susto.

Vamos á otro, á otro; eso es, á otro; la misma operación, pero con mas fruto. D.<sup>a</sup> Anastasia ha cogido un pez, no cabe duda: sobre la lumbrera del agua se ve un objeto, el espigón de dicha señora está dando toda su elasticidad; pero qué ha sucedido, que en medio de todos los aplausos Doña Francisca berrea como una desesperada? eso es envidia: no amigo, no; es que ha sucedido una catástrofe, vamos á coger el pescado: ¡ay! pero ni el mismo pescador se atreve á cogerlo, y á todo esto Doña Francisca vocea. Puesto el llamado pez sobre una pana, se puede distinguir que el susodicho peje es el añadido de Doña Francisca. ¡Horror, terror, furor y calor! Doña Francisca se ha desmayado. Acude á su socorro la familia después de haber acudido la perra al añadido; el niño juega con el añadido y la perra, y caen al agua el añadido, la perra y el niño.

El amor paterno se desborda; Doña Anastasia dice que tengo cara de buzo; y luego de darme los apurados padres un millón de suplicas y de empujones, caigo al cristalino piclago como piedra en pozo. En medio de todo fui feliz, pude agarrarme al cabo de la lancha, y cuando con la cabeza de fuera y echando mas agua que un delfin, bendecía al sol y maldecía á la dichosa familia, el niño se me montó en el cuello, la perra sobre el niño y el añadido flotando majestuosamente se me puso de corbata. Al cabo de siete minutos nos subieron entre todos

como quien sube un embuchado.—El dia se presenta bien, la diversion es completa; una faja oscura se distingue sobre el mar, á poco un soplo de levante nos lleva nuestros sombreros, el mar se rebota, las señoras chillan, el marinero coge los remos, nos amasan en un rincon de la lancha que las olas revuelven entre sus espumas; el naufragio es seguro, los salpicones nos comen, el desaliento entra en el lanchero, este dá un grito, un bergantin ruso viene sobre nosotros, va á arrollarnos; pero ¡oh felicidad! al vernos en tal apuro se pone á la capa y nos recibe á su bordo. Para abreviar, á los tres dias estábamos á la vista de Santander almorzando velas de sebo; pero espera que me llaman y me precisa interrumpir mi narración: entre tanto considera sobre las exigencias del bello sexo.

J. S. P.

### EN MUJER VENGANZA HONROSA

#### SONETO.

Medio siglo vivió Marta divina,  
De la edad resistiendo á los rigores;  
Una violeta azul era entre flores,  
O mas bien una ajada clavellina.  
Murmuraban que siempre peregrinaba  
Tras del amor andaba y los amores,  
Llevando con mil lazos de colores  
Una blanca y lujosa papalina.  
Enamoróse al fin un galancete  
Del limpio rosicler de su belleza;  
Mas venganza juró Nise importuna  
Celosa á Marta dióle un buen cachete,  
La peluca arrancó de su cabeza,  
Y descubrió habitantes en la Luna.

A. DE C.

## SENTENCIAS DE UN ALCALDE DE CONIL.

Con respeto lo llevad  
a las cañas, en el bulto,  
del consejo, y con respeto  
un par de guillos se echad.  
y una cadena; y tened  
con respeto gran cuidado  
que no habie a piagen soldado  
y a todos tambien poned  
en la cárcel que es razón  
y aparte, porque después  
con respeto a todos tres  
les tomen la confesion;  
y aqui para entre los dos.  
a) hallo barto paño en efecto  
con muchísimo respeto  
os he de abortar, juro a Dios

Si el alcalde de Zalamea en la comedia del inmortal Calderon, usaba este modo fácil y expedito de gobernar; el de Conil decia de noche «¡alto a la justicia!» poniendo al pecho de quien encontraba, una pistola amartillada.

El mismo día en que tomó posesion de su destino, empuñando su enorme baston de caña de Indias, con regaton de hierro, puño de plata y borlas mayores que las de una jáquima de contrabandista manchego, tuve que presentarme a él para que me diese papeleta de permanencia. —¿Quién es usted? me dijo. —El pasaporte lo reza, le respondí. —Pues si el pasaporte lo reza, cuatro ducados de multa. —Señor. —Ocho ducados; y a la tercera, doce y a la cárcel.

No dudé un momento que lo cumpliese segun y conforme lo habia dicho. Pagué los ocho ducados, y le manifesté cómo me llamaba. —*Nadie debe negar su nombre, y siempre hay delito en hacerse pieza con la autoridad*, dijo mi alcalde, mientras contaba los ochenta y ocho reales, que con muchísimo dolor de mi corazón acababa yo de poner sobre su mesa.

Esperaba, pues, á que el escribiente estendiera la papeleta de permanencia, cuando entró por la puerta de la oficina un gitano seguido de su mujer, que llevaba un chicuelo de la mano y otro al pecho. Así que los vió el alcalde, llamó á un tal Perico, y presentóse Perico que era el alguacil, hombre de pelo en pecho y con mas rejos de los que pintan al gigante Goliat. —¿Qué manda usía? dijo Perico; y el alcalde le respondió señalando á los gitanos: «lleva esa jente á la cárcel.»

La aparicion de un muerto hubiera causado

menos espanto á aquella familia nómade, que las roncacas palabras del alcalde; pues es de saber que su voz se asemejaba en lo fuerte á la de un becerro mamon. De vez en cuando garraspeaba, terminando su garraspera con una tos recia y profunda, parecida á un golpe de tambora despues de un redoblillo efectuado en el arco de un tambor. Verdi hubiera sacado de semejante tos una garraspera, una de sus mas raras combinaciones musicales; si es que el compositor italiano, al toparse frente á frente, con el alcalde de Conil, tenia serenidad bastante para acordarse de que habia música en el mundo.

A las primeras exclamaciones de los gitanos, redobló su mandato el alcalde, acompañándolo de un voto, que seguramente no era el de Santiago, ni á propósito para favorecer á nadie en una eleccion; pero si tan rocío y campanudo que temblaron los cristales de la oficina; y lo que es á mí, aun me parece que su eco está vibrando en mis oidos. Perico agarró por un brazo al patriarca gitano, y dando empujones á la mujer y al chicuello, los sacó á puñados de la presencia de la autoridad, llevándolos en derechura á la cárcel pública.

Cuando el alcalde los vio entre súplicas, llantos y suspiros alejarse de su presencia, púsose de pié, tomó el pasaporte, y llegóse á la mesa del escribiente. —le dijo, si este pasaporte tiene alguna falta. —Señor, ninguna. —No puede ser: ¿no traen ningun borrico? —Ninguno. —Si los gitanos jamás caminan como Dios y la justicia mandan! Así será, mas en esta ocasión está en media el pasaporte, repuso.

dijo el alcalde volviéndose á su asiento.

Pensé que no resultando nada contra los gitanos iba á derogar su orden de prision; pero con harta estraneza mia, le escuché las siguientes palabras: «Me alegro, del mal el menos. En la cárcel mientras no quierao proseguir su camino. El deber de la autoridad es sujetar los delitos; y un gitano suelto es un delito andando.»

Estaba en esto estendida ya mi papeleta: firmóla y despedime de su señoria, no sin mucho dolor de lo mas recóndito del alma por los ocho ducados que en su poder dejaba. A la puerta dime de manos á boca con Perico que entraba diciendo: —Señor alcalde: ¿en dónde se pone el borrico de los gitanos? —¿Con que traian borrico? respondió el alcalde: ¿lo vé usted, añadió encarándose con el escribiente, cómo era imposible

que caminasen como Dios y la justicia mandan? —Y qué se ha de hacer? tornó á preguntar el alcaide. —¿Qué se ha de hacer, sino llevar tambien el borrico á la cárcel? *En el prender no hay engaño*: préndase ese animalito, que luego se sabrá lo que habré de hacer con él y con los gitanos.

Yo me habia detenido breves instantes para saber en qué paraba la pregunta de Perico. Asi que escuché la sentencia del alcaide, salí sin poder contener la risa, dando por bien empleado el dinero de la multa, y aun hubiera dado valor de otra por trabar amistad con semejante hombre raro y sin compañero en los fastos gubernativos.

Llegado que hube á la casa donde iba á parar, referí á mi huésped mi aventura de la alcaldía. —Pues eso no es nada. —¿Cómo nada? —Es hombre, repuso mi huésped, que toda su vida ha tenido salidas por ese estilo, y en tal grado, que se le tiembla en el pueblo como á un toro picado. Figurese que es dueño de una gran vina que está junto á la mar, y con todo de no tener guardas ni perros, no hay quien se atreva á entrar en ella á coger un racimo de uvas ni media breva siquiera. Las haciendas de junto se encuentran asaltadas día y noche por la jente de la playa, pero la suya no. Para esto no ha hecho mas que castigar á su modo á tres ó cuatro de los que ha pillado dentro de su heredad. Un día estaba en acecho y vió entrar y encaramarse en una higuera á un tal Papelon, hombre alborotado en extremo y en sumo grado gritador. Esperó á que se diera una pechada de brevas, y luego fue-se pasito á paso con su escopeta cargada, y cuando estuvo cerca, le dijo con suma tranquilidad. —¡Hola, tio Papelon! ¿Usted por aquí? —Señor, contestó el tio Papelon, el hambre me apretaba! —Nada, amigo, está usted muy bien: coma cuanto guste, y llévese en el pannelo lo que quiera. —No señor, no quiero nada, decia temblando el tio Papelon, y bajándose del árbol. Por mas que el alcaide lo invitó á que se llevara la fruta que se le antojase, nada consiguió. El tio Papelon deshaciéndose en cumplimientos y en perdones, volvió la espalda; pero al verificarlo, descerrajóle un tiro el alcaide, diciéndole al propio tiempo: —*Quien tomó lo que quiso, llévese lo que le den.* El tio Papelon, ardiéndole la ropa, y poniéndose ambas manos en las nalgas, parte en donde habia recibido la perdigonada, salió corriendo como alma que lleva el diablo, y vestido y segun estaba tiróse al mar entre horrendos alaridos é im-

precaciones tremendas. —Pobre tio Papelon! —Sanó al cabo de tiempo, pero desde entonces se le quitó la afición á las brevas y á toda clase de frutas, de tal suerte que no come otra cosa que sardinas secas.

Otro dia encontró á otro pobre encaramado tambien en una higuera. —¿Ha acabado usted ya? —Si señor, le dijo el pobre bajándose del árbol. —Usted no será tonto, repuso el alcaide, y habrá escogido las mejores brevas: así me gusta. Pero ahora, anadió enearándole la escopeta, ha de comer las que yo le designe, ó si no, le descargo un tiro: y le fué designando las verdes; cuyo jugo que parece leche es amarguísimo, hincha y llaga la boca, y agrieta las manos. Mas de cuatro libras le obligó á meterse en el estómago, de cuyas resultas estuvo á punto de muerte. Cada breva que comía, la acompañaba el alcaide con este refrancito: —*«Debe estar á las duras quien se comió las maduras.»*

En esto estábamos, cuando entró de pronto en la habitación una mujer con el rostro encendido y los ojos arrasados en lágrimas. Llamó á mi huésped, y se pusieron ambos á hablar entre si en voz baja. Conociendo yo que no querian ser oídos, paséme á otra habitación; y encontrando en ella tintero, pluma y papel, apunté las ocurrencias de aquel día, esperando aumentar mis notas en los sucesivos que permaneciera en la nobilísima Torre de Guzman el Bueno, ó sea Conil de la Frontera.

F. S. DEL A.

## EPIGRAMA.

Preguntó á un jóven modesto  
un necio y vano elegante  
con aire mas que insultante,

«¿existe un simple compuesto?»

Y el jóven respondió: «*ai fe*

que en mi vida lo creí,

«mas ahora juro que sí.»

«pues lo estoy mirando á usted.»

## TEATRO PRINCIPAL.

**EL PERRITO DEL CASTILLO.** (Traducción.) Continúan los dramas de mal género entreteniéndolo la escena del Teatro Principal. ¿Qué nos importa que el Sr. Valero desempeñe a la perfección su papel en *El Perro del Castillo*, si es comedia que debiera ser silbada palabra por palabra y letra por letra? Habría injusticia notoria en no reconocer el mérito del actor mencionado en el desempeño de su papel; pero también la habría en no rechazar enérgicamente semejante género monstruoso de composiciones.

**MARIDO JOVEN Y MUJER VIEJA.** (Traducción.) Con decir traducción se entenderá que *Marido joven y mujer vieja*, es una comedia francesa con caracteres exagerados é incomprensibles para quienes no hemos tenido la ventura de emigrar, ni de contemplar las costumbres del pueblo *mas culto de la tierra*, como con la mayor modestia dicen los propios franceses. Su desempeño, pues, había de adolecer precisamente del defecto que notamos mas arriba, como que la representación escénica no es mas que la comedia en acción. Si la comedia es exagerada, exagerada también ha de ser su representación: si descolorida, del propio modo descolorida. Sin embargo, obtuvieron los actores bastantes aplausos.

**BRUNO EL TEJEDOR.** (Traducción.) Comedia vista y revista. Fueron aplaudidos los señores Calvo y Fernandez.

**SARA.** (Original.) Publicaremos en el próximo número el análisis de semejante drama. Se presentó en las tablas la señora Baus (y compañía), actriz que en nada ha perdido en el pasado aprecio de los gaditanos. Fué aplaudidísima. También fué aplaudida la señorita Duclós al recitar las endechas del tercer acto, verificándolo con ternura y expresión.—Una advertencia que nos dispensará esta apreciable actriz: ¿por qué pestañea tanto? ¿es porque avara de la hermosura de sus ojos no quiere que los contemplemos?—Al acabarse la representación de Sara, fueron los actores llamados a la escena.

## PLAZA DE MINA.

—Hay un nuevo género de arquitectura.—¿Cuál?  
—El del Teatro Principal. Así decían dos que paseaban por la plaza de Mina, en la noche del viernes después de la representación de Sara.—Figúrate, conti-

nuó el primero, que en el segundo acto aparece una cabaña rústica con el techo de gruesa cantería, descansando en paredes de tosca madera.—¿Qué diabloral dijo el otro.—Pues no es esto lo mejor, repuso el primero, sino que el techo con ser de cantería está suspenso con una cuerda que se pierde en el espacio azul del firmamento... (vulgo bambalinas).

**Una riña escandalosísima hubo en** una de estas noches en el escenario del Teatro Principal, durante un entre acto. Empezó entre el encargado del alumbrado y un inglés, siendo tales los gritos y los *gordemias*, los sopapos y los *trompis* habidos entre parte y parte, que aquello parecía el verdadero campo de Agramante. En la pelea entraron los actores y los guardias civiles que van allí a conservar el orden; sacudiéndose todos de lo lindo y a la mia sobre la tuya, como martillo de herrero sobre sonoro yunque. El inglés cayó rodando y se puso de aceile y de basura que era para visto. No hablaba una palabra de español, y solo se advertía que todo su empeño era guardar un bulto que llevaba en el faldon del frac. Por fin, pudo dar un salto, cayendo en la posición del bien parado; pero tuvo la desgracia de ser acompañado en el mismo movimiento por el encargado del alumbrado, que asido fuertemente del faldon no lo soltaba niá tres tirones. No sabemos hasta donde hubiera llegado la lucha si no hubiese aparecido una persona que sabía hablar en inglés. Después de oír al ciudadano británico, levantó el aparecido la voz entre los combatientes, y dijo: «No señores, no es un ladrón: es un aficionado a las artes, que viendo la hermosa luz de este teatro, quiere llevarse una candelija, á fin de que por ella hagan otras para el primer coliseo de Londres.» Con esto se apaciguó toda la gente, y en vista de la ocurrencia no se paró hasta hacer que el inglés consiguiera su objeto. Efectivamente, la candelija empapelada, lacrada, y encerrada en una delicada caja de caoba, va navegando para Londres en el último paquete.

**Un joven poeta de estos que hablan** en verso, y á cada palabra encuentran un consonante bonito, y forman coplas al perro que ladró y al gato que maulló, improvisó la siguiente poesía á una joven, que en la plaza de Mina aparentaba no creer la declaración de amor del atrevido vate.

Si miento que revienta  
como reventó un triquitaque  
que llevaba en el fraque  
con una chispa de candelá  
que me saltó de una muela;  
cuando la otra noche  
de aquel bautismo regresaba en coche

Si perteneciera el joven á la cruzada contra las piezas andaluzas, levantada por Don Pedro-Oso? Es fama que en la mano llevaba un periódico, y que este periódico era el número de la *España* en que estaba la declaración de guerra.